

# SUPERVIVENCIA DEL IDEAL DE CRUZADA EN LA EPOCA BARROCA: LA PROCLAMACION CATOLICA DE FRAY ALONSO DE SANTO TOMAS

JOAQUIN GIL SANJUAN  
ELOISA GARCIA LAYNEZ

La resonada victoria de Kahlenberg, conseguida por austríacos y polacos sobre los turcos, propició la creación de una Liga Santa en 1684 bajo los auspicios del papado, hecho que motivó a fray Alonso de Santo Tomás, obispo de Málaga, para publicar una exhortación a los príncipes cristianos con la finalidad de que se adhirieran a la convocatoria pontificia (1).

El Imperio Otomano llegó a su mayor apogeo con Solimán el Magnífico, a mediados del siglo XVI, pero a partir de este momento comenzó un período de decadencia que fue acentuándose conforme avanzaba la centuria. Murad IV (1623-1640) fue un sultán enérgico y competente que se propuso restaurar el prestigio del Imperio, pero sus esfuerzos se vieron frustrados en el reinado siguiente de su hermano Ibrahim, con el que volvieron a rebrotar las tendencias disgregadoras que condujeron a la anarquía, hasta el punto del destronamiento y posterior asesinato del sultán.

Con Mohamet IV (1648-1687) el poder va a ser acaparado por los grandes visires de la familia Köprülü, oriunda de Albania. El primero de ellos, llamado también Mohamet, accedió a su cargo en 1656. Sus objetivos fueron el restablecimiento del orden, la lucha contra la corrupción y el robustecimiento del ejército. Köprülü cosechó grandes éxitos en el campo de la política exterior, recuperando la influencia otomana en extensos territorios, perdida en el período de luchas intestinas. Le sucedió como gran visir su hijo Ahmed, gran estadista, quien mitigó la brutalidad de los métodos de su padre movido por el espíritu de tolerancia. Una insurrección en Transilvania, territorio bajo la influencia turca, motivó la intervención militar otomana en 1663. El papa Alejandro VII trató de agrupar a los príncipes cristianos en torno a Leopoldo I, pero con escaso resultado; no obstante, la ofensiva austríaca de 1664 obtuvo la valiosa victoria de San Gotardo, poniendo de manifiesto la superioridad de las armas cristianas. En 1673, el ejército polaco, al mando de Sobieski, derrotó a los turcos en Khoczim, si bien las ventajas políticas obtenidas fueron muy escasas.

Tras la muerte de Ahmed, le sucedió en el visirato su yerno Kara Mustafá, quien tratará de seguir las huellas de Solimán el Magnífico en su deseo de sometimiento de Europa a la Media

(1) Sobre fray Alonso de Santo Tomás he publicado particularidades de su vida en *La controversia jansenista en Málaga*, «Baetica», núm. 8, 1985. A él le atribuyó el polémico *Teatro jesuítico* el jansenista Arnauld en la primera parte de *La Morale Pratique des Jesuites*, escrito de forma anónima, donde no se escatiman alabanzas al obispo malagueño, a la vez que se da a luz pública su ascendencia bastarda de Felipe IV. En la refutación que realizó el obispo malagueño en la primera edición de su *Catholica Querimonia*, atribuyó el libro al pastor calvinista, estante en Holanda, llamado Surien, que, siguiendo a la historiografía local interpreté erróneamente por Jurie. Más datos sobre esto se pueden ver en HORNEDO, R. M.<sup>2</sup>, Fray Alonso de Santo Tomás, obispo de Málaga, en «Miscelánea de Comillas», núm. 41, pp. 45-73.

Luna, centrando su ataque hacia el Oeste donde había encontrado el apoyo del húngaro Tököly, el cual previamente solicitó ayuda a la Sublime Puerta. El poderosísimo ejército turco avanzó sin encontrar prácticamente resistencia alguna hasta las murallas de Viena, dando inicio a un prolongado asedio de la ciudad.

El papa Inocencio XI, hombre de proverbial austeridad pero que no dudó en gastar cantidades fabulosas para sostener la lucha contra el turco, se dirigió a todos los soberanos europeos solicitando su colaboración en la defensa de la cristiandad. Si es cierto que apenas fueron escuchados sus ruegos, por lo menos logró la unión de Juan Sobieski y Leopoldo I, cuyo fruto más inmediato fue la aplastante victoria de Kahlenberg, verdadero golpe mortal para el Imperio Otomano. Con los vapores del triunfo renació el espíritu de cruzada, que cristalizó el año 1684 en un Liga Santa bajo la protección del papado. En Ella participaban Austria, Polonia, Venecia y más tarde Rusia. Estos fueron los acontecimientos históricos que movieron a fray Alonso de Santo Tomás a escribir su *Proclamación católica a los príncipes cristianos sobre la unión a la Sagrada Liga contra el otomano imperio*.

Este escrito iba dirigido a Inocencio XI a través de la intercesión del cardenal Cibo, y fue redactado a raíz de la buena acogida que tuvo en Roma la Carta Pastoral que el prelado malagueño dirigió a sus diocesanos para que diesen gracias por el triunfo de la cristiandad sobre el peligro turco.

Fray Alonso, desde un principio, reconoce sinceramente que su pensamiento político es deudor de Cornelio a Lapide, en neerlandés Cornelio Van de Steen, prestigioso jesuita que falleció en 1638:

El fin desta Proclamación (Santísimo Padre) sólo es construir la Oración con que el docto Cornelio a Lapide dedica a la Santísima Trinidad el Comento de los profetas menores, en que casi expresa los silvos con que Vuestra Beatitud solicita unir todos sus hijos a su rebaño y guiarlos con su sagrado báculo al mayor acierto. Contiene esta dedicatoria un diseño tan de este presente tiempo y circunstancias que aún no le falta la expresión de los nombres.

Muy sin mezcla de amor propio se escribe este papel, pues conocerá Vuestra Beatitud que no ha sido estudio sino hallazgo: Y para buscarle autoridad que no lo haga indigno de ponerle a los pies de Vuestra Beatitud, es preciso manifestar quien fue su autor, no porque le ignore nuestro siglo, sino porque haga más estimables sus letras el conocimiento de sus virtudes, y se conjeture que esta Dedicatoria no fue acaso de su pluma, sino disposición de la Divina Sabiduría... (2).

Cornelio a Lapide, filólogo consumado, profundo conocedor del hebreo y griego, fundamenta toda su argumentación en la autoridad de la Sagrada Escritura, hasta el punto de que fray

(2) SANTO TOMAS, fray Alonso de, *Proclamación Católica a los príncipes cristianos sobre la unión a la Sagrada Liga contra el otomano imperio*, Málaga, 1984, ejemplar conservado en el Archivo Día de Escovar, cfr. pp. 3-5. Cornelio a Lapide en su libro sobre los profetas menores, editado en 1625, en la dedicatoria habla sobre la ofensiva turca de 1621.

Alonso llega a afirmar que este autor hizo vaticinar de nuevo a los profetas sobre realidades del presente. La ocasión de sus comentarios históricos se la proporcionó la ofensiva turca emprendida por Osmán II en 1621 contra Polonia instigado por Holanda y los príncipes protestantes. El rey de Polonia Segismundo III, manifiesta Cornelio a Lapide, despachó sus embajadores a todos los monarcas cristianos avisándoles de su crítica situación, pero sólo encontró apoyo en el emperador Matías, Felipe IV y Gregorio XV. Mientras tanto, las potencias que se disputaban la supremacía en el Báltico, Suecia y Rusia, atacaron a Polonia aprovechando su apurada situación, pero esto no impidió la victoria de los polacos sobre los turcos de Osmán II.

Fray Alonso hace un paralelismo entre las situaciones históricas de 1621-1683: «Nunca falta quien inste y quien despierte al común enemigo; entonces fue el embajador de Holanda en nombre de los protestantes de Alemania y del príncipe Mauricio; ahora lo son el conde Tekeli y los herejes también de Alemania y Hungría, instigados de su maldad y encendidos por otro embajador del ardiente espíritu de las discordias de Europa.»

Cornelio a Lapide, sacando conclusiones de su época, se traslada a tiempos venideros en una especie de evolución cíclica de los acontecimientos:

Destos casos hace memoria este grave escritor en esta carta, como ya sucedidos, y exhorta a la feliz continuación de los futuros, hablando en aquel siglo con los héroes del nuestro. A unos insta, pide, ruega y les propone lo que han de obrar; a otros alaba y engrandece lo que han obrado, y a todos enciende y fervoriza a la continuación de la empresa, y representando las obligaciones cristianas, los procura atraer con el ejemplo, y avergonzar con la falta y el descuido, y con la fealdad de las obras que cuando debían haber sido empleo de la magnanimidad, fueron en algunos estorbo y tropiezo por la diversión que en parte han conseguido y continúan (3).

Para fray Alonso de Santo Tomás, una vez conseguida la victoria de Kahlenberg, era el tiempo de reconciliarse los príncipes católicos y de rendir sus voluntades a los pies del Romano Pontífice, era el momento de la pacificación y de asegurar con la unión la tranquilidad de la cristiandad. Apoya su argumentación en los antecedentes históricos de otros tiempos, cuando santa Catalina de Siena insta a los papas Gregorio XI y Urbano VI con la finalidad de parar el avance turco, hasta su exterminio si fuere preciso. Al no encontrar el esperado eco en los pontífices, les propuso y convenció de que esta podía ser la mejor solución para recomponer las diferencias existentes entre los católicos y unirlos en una Liga Santa, «para que conspirando con iguales ánimos en los enemigos comunes, vertiesen toda la cólera militar en ellos, y las iras y ardores, que encendías sus pechos, unidas, se encaminasen a abrasar los que sólo era justo fuesen aborrecidos y enemigos» (4).

Para mas abundamiento de esta teoría acerca del favorable resultado de la intervención en guerras exteriores para superar los enfrentamientos intestinos, aduce el obispo malagueño, siempre siguiendo a Cornelio a Lapide, el ejemplo de los hermanos Roger y Bohémond, príncipes

(3) *Ibidem*, p. 9.

(4) *Ibidem*, p. 10. Cfr., STOYE, J., *El despliegue de Europa, 1648-1688*, Madrid, 1974, pp. 367-69.

de Sicilia, Apulia y Calabria, quienes por rivalidades territoriales se hallaban inmersos en peleas fratricidas, hasta que, secundando la llamada de Urbano II, Bohémond se alistó a la Primera Cruzada, gesto que conmovió profundamente a su hermano Roger, logrando la total reconciliación entre ambos. De la misma manera el emperador Conrado pacificó a los alemanes, bávaros, flamencos y polacos, cortando la raíz de sus diferencias y los encaminó contra el enemigo común durante la Segunda Cruzada. Con acierto Tito Livio había hecho notar que las guerras forasteras son el iris de los enfrentamientos domésticos, y el vínculo que más une a los conciudadanos es el temor del peligro que viene de fuera.

Ha sido una constante histórica la ceguera de los reinos cristianos que consideraban remoto el peligro turco, como ocurrió con Bizancio, Trebisonda, Tracia, Bulgaria, Bosnia, Servia y Hungría, países que terminaron sojuzgados por los otomanos, pues «el enemigo común, aunque le miran apartados, está a la puerta, y es ceguera e ignorancia juzgarle remoto».

Grave error fue el de los gobernantes cristianos quienes, para resolver los problemas de sus estados, llamaron a los turcos, como ocurrió en la época de Juan V Paleólogo cuando tuvo que someterse al vasallaje del sultán Amurad I. Peor fue el caso de colaboracionismo con los turcos de Juan Zapolya, rey fantoche de Solimán el Magnífico en Hungría.

Considera fray Alonso que las alianzas de Francia con Turquía trajeron graves consecuencias para el reino galo, sufriendo en sus propias carnes los estragos de la escuadra turca al no poder evitar su ataque a Niza y Tolón, considerando también como castigo la extinción de la casa Valois, entre otros que tuvieron que padecer Francisco I y sus sucesores. De Enrique II manifiesta que: «Habiéndose unido con Pedro y Carlos Caraffa, sólo por haber intentado seguir las huellas de su padre, y llamar en su favor al turco para que, corriendo las costas de Sicilia y Calabria, divirtiese las fuerzas católicas. Murió desgraciadamente en unas justas y allí acabó su posteridad; y las cabezas de Pedro y Carlos Caraffa sirvieron al escarmiento, puestas en el puente de orden de Pío IV» (5).

Arch. 36. UNV. MALAGA 507/86. M.J.

Las calamidades sufridas en los reinos que hicieron pacto con el Imperio Otomano son vistas con sentido punitivo: «Aprendan en estas desgracias los príncipes a no solicitar los reinos que no son suyos y por semejantes medios. Desta manera castiga Dios a los amigos estrechos de los turcos, quitándoles las coronas y las vidas entre sus divertimientos, que la justicia divina previene teatro fúnebre en el más alegre ejercicio, cuando llega la hora de colmarse la medida de su enojo para tomar justa venganza» (6).

Recuerda fray Alonso la ofensiva que realizaron los turcos en tiempos de Solimán el Magnífico y Selim II en sus ansias de expansionismo hacia Occidente, sin que fuera óbice las

(5) SANTO TOMAS, fray Alonso de, op. cit., p. 15.

(6) *Ibidem*.

treguas pactadas previamente. Pero el ejemplo más claro lo toma de los acontecimientos recientes: «No es menester más exemplar que el presente suceso del año próximo pasado de 1683, donde faltando Mohamet IV al derecho de las gentes menospreció lo pactado, siendo sólo su fin dexar descuidar los cristianos, asegurados con el vínculo del juramento, pronunciándole sólo para hacer espaldas del descuido en que vivía suspensa la verdadera generosidad de los catálogos, y acometerlos y oprimirlos sin la defensa del recelo» (7).

Deberían, por tanto, los príncipes cristianos aprovechar esta ocasión tan favorable para invadir y destruir el Imperio Turco, no sea que después haya que lamentar la consecución de aquello que fácilmente pudo haberse realizado en el presente. Para el obispo malagueño era esta una guerra sagrada en la que nada se podía perder, pues si el combate resultaba favorable, se obtenía una victoria gloriosa, mientras que si el resultado era adverso, quedaba la satisfacción del deber cumplido.

En cuanto a la justificación de la guerra, Cornelio a Lapide y fray Alonso no dudan en afirmar: «Es máxima cristiana que la paz se ha abrazar cuando no peligre la honra de Dios, y se ha de emprender la guerra para que la religión y la república no peligre. ¿Qué circunstancia puede haber donde se hallen con tanta oportunidad estas calidades como en el presente?» (8).

Un verdadero modelo para alcanzar la unidad de los monarcas cristianos fue Calixto III, papa de origen español, de donde le venía su entusiasmo por la cruzada, el cual había emitido solemne voto de ser el azote de los turcos, no escatimando esfuerzo alguno, así en la búsqueda de alianzas con otros países como en aportaciones económicas del Patrimonio de la Iglesia. Envió a Juan Capistrano a Hungría para que predicara la cruzada, quien junto a Juan Carvajal, legado pontificio, prestó inestimable ayuda a Juan Hunyadi, general en jefe del ejército cristiano, en la consecución de la memorable victoria de Belgrado. Si los príncipes católicos hubieran puesto fin a sus rivalidades para secundar al pontífice en la lucha contra el turco, muy probablemente habrían acabado con el peligro de la Media Luna; pero, desgraciadamente, dieron tiempo suficiente a los otomanos para rehacer sus fuerzas y pasar de nuevo a la ofensiva arrancando nuevos territorios a la cristiandad.

Inocencio XI es parangonado con el primer papa Borja: «En todo imita y excede a Calixto nuestro santísimo padre Inocencio XI, amparo de la cristiandad y gloria de nuestro siglo, habiendo hecho legacía al persiano por los religiosos de nuestro padre Santo Domingo, para lograr la diversión que se espera con sus fuerzas y las del moscovita, ya hermanados a este fin. Ha dispuesto las galeras de la Iglesia, incorporadas con las de la religión de San Juan. ¿Qué socorros no ha ministrado su liberalidad? ¿Qué lágrimas no ha vertido su devoción? ¿Qué oraciones y gracias no ha repartido entre los fieles? ¿Qué exhortaciones no ha solicitado en el ejército imperial y polaco? Enviando sólo a este fin al padre fray Marcos de Aviano, fervoroso capuchino. Y últimamente ha concedido fiesta, que se celebre con solemnidad de doble mayor en toda la Iglesia, debajo de la advocación del Nombre de Nuestra Señora, el domingo de la octava de su Natividad, y mandándola puntar en el martirologio el día doce de septiembre, que fue la fecha del triunfo de Viena» (9).

(7) *Ibidem*, pp. 15-16.

(8) *Ibidem*, pp. 16-17.

(9) *Ibidem*, pp. 17-18.

Inocencio XI, siguiendo la tradición de sus antecesores instó a los príncipes cristianos para que se percatasen de la realidad que constituía aún el peligro turco, no debiendo esperar nuevos ataques de éste para prestar ayuda a los auto-húngaros. Fray Alonso de Santo Tomás, secunda los deseos del papa con las siguientes palabras: «¡Inclitos e invictos monarcas, catolicísimos y cristianísimos reyes! Escuchad la voz de Dios en Inocencio XI, avivad el celo de vuestra fe, correspondiendo a sus exhortaciones y a sus piedades, poned los ojos en el triunfo que logró Calixto, y escarmentad en el desmayo con que se malogró aquella victoria a costa de la vida de emperadores y reyes, y pues esta ocasión es tan oportuna y se hallan a la vista los ejemplares de la felicidad y del descuido, mejoren nuestros tiempos aquellos tiempos y perfeccione vuestro ardor con sagrada impaciencia lo que entonces malogró la tibieza, originada de la corta utilidad particular y propia» (10).

Aunque las cruzadas fueron una empresa típicamente medieval, con un objetivo determinado: la conquista de los Santos Lugares, este sentido se amplió a toda lucha contra los musulmanes, como lo demuestran el caso de la Reconquista Española, y también se aplicó a la persecución de la herejía. Su fundamento es el universalismo católico cuya concreción fue la cristiandad, realidad que abarcaba los conceptos de Iglesia e Imperio. Para fray Alonso fue el mismo ideal el que impulsó a los papas desde Urbano II a Gregorio XV: «pues obraron como pastores de todo el universo, cumpliendo con las obligaciones deste primer cuidado: de exaltar la fe, de conservar la Iglesia, de extender el reino de Jesucristo y propagarle en todas las regiones, pues todas las gentes dellas pertenecen a su sagrado rebaño, sujetándolos a su dominio, a imitación de san Pedro y los apóstoles que truxeron al conocimiento de Dios la redondez del orbe, resonando en él su sagrada doctrina, único fin de su verdadero sucesor, nuestro Santísimo Padre Inocencio XI» (11).

Para conseguir esta unidad nunca se ha presentado una oportunidad semejante como la que ha seguido a la victoria de Kahlenberg, donde fue destruido el ejército del Gran Visir, quedando quebrantada la moral de los turcos y su capacidad de resistencia muy disminuida. Es, pues, el principio de su ruina, mientras que para la cristiandad se abre un horizonte esperanzador, al poderse comprobar que en el Imperio Otomano todo son síntomas de descomposición, hasta el punto de «que sólo con el impulso de una mano rodará esta caduca estatua del engaño».

En esta empresa bélica, no sólo se trata de ocupar los dilatados territorios del Imperio Turco para apoderarse de sus riquezas, sino buscar la salvación de tantos millones de personas que gimen bajo su tirano yugo, restituyendo al rebaño de la Iglesia todas las que habitan en las regiones de Asia, Hungría, Grecia, Macedonia, Armenia, Galacia, Capadocia, Epiro, Chipre, Bitinia, El Ponto, Siria, Palestina y todo el Norte de Africa. Y se pregunta fray Alonso: ¿Quién no empuñará la espada en tan noble causa? Si no nos esforzamos ahora, concluye, se malogrará el triunfo y recibiremos el castigo de las manos de los mismos que ahora huyen despavoridos.

La coyuntura política del momento histórico es considerada como un don de Dios, razón por la cual hay que aprovechar dicha situación con objeto de sujetar a los musulmanes bajo el dominio del Imperio católico, para de esta manera sacudir la amenaza de la dura servidumbre, invirtiendo la situación al someter a esclavitud a los que se manifestaban como tiranos. En el texto se repite una y otra vez la idea de ocasión única que debe ser aprovechada, si no se quiere que la divinidad pida estrecha cuenta por tamaña negligencia.

(10) *Ibidem*, pp. 19-20.

(11) *Ibidem*.

Sobre la alianza con Persia y sus posibles consecuencias se hacen las siguientes reflexiones: «No es digno de menos consideración para el bien común de la cristiandad pensar que ha hecho liga, aunque a instancia del sumo pontífice y del Imperio, el persa y el moscovita, para divertir al otomano; y de tan formidables fuerzas, no es vana presunción que pueda oprimirle y sujetarle; y si en esta ocasión nos envilece el ocio y nos entorpece el sueño de nuestra pereza, aunque quede el turco vencido, no quedaremos nosotros mejorados, porque duplicándose tan gran poder, aunque no fuera el rey de Persia tanto más ejercitado en la milicia, bastarán las repetidas victorias para influir audacia a su corazón animoso y alentado; y en este caso, cuánto más formidable será su amenaza que la de los turcos. Ambos son de una religión que profesa, como primer artículo, destruir la cristiandad. ¿Qué seguridad puede haber de que no emprenderá la sujeción de la Europa y la ruina de la Iglesia, y quién no recela que será imposible apartarle de nuestros umbrales? Ahora podemos estorbar este susto, entrándonos en el corazón del Otomano Imperio, haciendo hoy nuestro valor, respetable nuestra vecindad, para que nos solicite pacíficos el que sin duda nos menosprecia cobardes, comenzando a hacer juicio de la cortedad de nuestro ánimo, pues nos fiamos de él solicitando que sólo con la diversión concurra nuestra libertad» (12).

El mismo Juan Sobieski recalcó la oportunidad coyuntural, asegurando que nunca han sido más favorables las circunstancias para obtener el triunfo, ni más de lamentar la pérdida de tiempo en sacar el debido provecho, porque la resonancia de la victoria hace concebir esperanzas de liberación a Grecia, Bizancio y demás reinos cautivados por los otomanos.

Entre las causas que llevaron a la hegemonía al Imperio Turco, se resalta principalmente la escisión que reinaba entre las monarquías europeas: «La experiencia ha mostrado que la división de los príncipes cristianos ha hecho formidable el Imperio Turco, y que éste se ha aumentado tan desmedidamente con la unión de su monarquía; así lo expresó Solimán (que para ponderar su talento militar y político, basta decir que tuvo cabeza y brazos para ser émulo del gran cesar Carlos V) ponderando al embajador de Ferdinando, hermano del invicto Carlos, en lo que consistía su gran poder, le dijo: Que él era dragón de una cabeza con muchas extremidades, y Ferdinando y los cristianos eran dragón de muchas cabezas con una extremidad sola; bastante ponderación para probar que la debilidad de las fuerzas católicas nace de la discordia de los príncipes y se malogra por la soberanía de tantas cabezas, y el otomano se fortalece por ser un solo monarca, cuyo valor se origina de las raíces de su concordia, y della nace que, con escarnio y risa, menosprecie las amenazas de toda la cristiandad, por conocer cuan débiles son las fuerzas de los miembros separados y desunidos. Gran menosprecio causa al enemigo común estas divisiones y guerras que se hacen unos a otros los cristianos. Considéralos como el sangriento tigre a los cabritillos que se encuentran en los prados, y acometiéndose enojados los embelesa tanto su empeño que no cuidan de su defensa propia, los ocupa, los arrebató y los destroza su voraz fiereza. Desta manera sucedió en la Asia, en la Grecia, en la Hungría y en otros opulentísimos reinos donde los cristianos, divertidos en sus particulares venganzas, dieron al otomano tan dilatadas regiones y provincias con funestos sucesos, pudiendo llamarse más entrega que conquista» (13).

Las guerras intestinas dentro de la cristiandad fueron constantes a lo largo de la historia, sin respetar pactos y paces, por cuyo motivo autores como San Bernardo se lamentan amargamente

(12) *Ibidem*, pp. 24-25.

(13) *Ibidem*, p. 27.

de las consecuencias que acarreaban, a la vez que obstaculizan la cruzada contra el Islam. Para evitar estos inconvenientes, pretendieron los papas asegurar la paz entre los cristianos mientras durase la guerra contra los sarracenos, mandando bajo pena de excomunión que ningún príncipe invadiese los estados de otro con ningún pretexto. Así lo ordenaron Eugenio III e Inocencio III. La primera condición de esta federación cristiana era que si alguno turbaba la paz, todos los demás le tendrían por público enemigo y le perseguirían declarándole traidor a la república cristiana, despojándole del dominio de sus estados y de cualquier pertenencia que tuviere.

Fray Alonso de Santo Tomás recomienda al papa esta misma práctica medieval: «Nuestro Santísimo Padre Inocencio XI formará rectísimo juicio de estos ejemplares, por si hubiere algún príncipe cristiano que necesite de tan fuerte cauterio, pues es su sagrada obligación no sólo resistir a los que como lobos intenten despedazar espiritualmente su rebaño, que son los declarados herejes, sino hacer cara a los que corporalmente le tiranizan y le maltratan; usando las armas de la Iglesia, que son paternas advertencias, oraciones a Dios, para que los incline a cumplir su obligación; y, últimamente, la espada de la anathema con que destruye su pertinacia. Doctrina expresa del Angélico Doctor Santo Tomás, en que da modo para traer a la razón a los príncipes cristianos que no la atienden» (14).

Fray Alonso defiende la idea de un Imperio universal, que contiene reminiscencias medievales, al que llama *monarquía de la poliarquía*, de corte teocrático, pues debe constituirse bajo la dirección del papado: «Dé la respuesta el invicto y magnánimo César Carlos V, asegurando que el medio de enmendar nuestra debilidad y de establecer nuestra unión le ofrece Dios en el aliento del Sumo Pontífice, y conocidamente en el de nuestro santísimo padre Inocencio XI. Sujétensele todos los príncipes cristianos, únense y confórmense los que faltan, corten los duelos de la precedencia, teniéndole por única cabeza desta Sagrada Liga; gobiérnense por sus influjos y movimientos, y desta manera reintegrarán y formarán monarquía de la poliarquía, constituyendo un formidable Imperio, no sólo en lo espiritual, sino en lo militar, reparando con la unión por mar y por tierra lo que debilitó la poca conformidad en ambas partes» (15).

En cuanto a la ayuda prestada a los protestantes húngaros, nuestro autor se refiere concretamente al conde Tököly, aunque no expresa sino veladamente el apoyo que recibieron de Luis XIV. Condena tajantemente toda clase de protección que pueda prestárseles, no admitiendo la justificación por razones de Estado. No era extraño el caso de perseguir a los heterodoxos dentro del territorio patrio con objeto de conseguir la unidad de fe, mientras que, por otra parte, se les protegía en países enemigos como elementos disolventes de la sociedad.

No existe razón alguna que pueda justificar las coaliciones con los turcos que realizaron los monarcas franceses Francisco I, Enrique II y Carlos IX, todas ellas condenadas por los papas Gregorio XIII y Clemente VIII, como puede verse en las palabras del cardenal Osat: «Que su Majestad puede echar de ver cuán sentido puede estar su corazón de ver que su Majestad dé favores y socorros a los enemigos de Dios tan perdidos y tan irritados contra la Sede Apostólica. El año pasado cometieron tantos sacrilegios, tantas abominaciones contra las iglesias y lugares sagrados» (16).

(14) *Ibidem*, pp. 32-33.

(15) *Ibidem*.

(16) *Ibidem*, p. 44.



El modo con que deben comportarse los católicos con los herejes será el que propone San Cipriano cuando manifiesta que no ha de tenerse comercio, familiaridad, ni intercambiar palabras con ellos, procurando estar tan separados de su comunicación, como ellos lo están de la unidad de la Iglesia.

En el apartado V, con discreción pero también con valentía, reprocha a Luis XIV su ausencia de la Santa Liga. Ignoramos si conocía fray Alonso, presunto cuñado del Rey Sol, las intrigas que éste urdió para impedir la alianza entre Leopoldo I y Sobieski, aunque parece dar a entender que sí tenía noticias de todo ello cuando manifiesta lo siguiente: «¡Oh Dios y Señor mío! Resucitad este ardiente espíritu en los católicos y cristianísimos reyes, y regularmente *nominatim*, en los herederos de San Luis, en los que le deben seguir no sólo por la sucesión del imperio, sino por la conformidad del mismo nombre —*cognomines*—, para que encaminen sus victoriosas armas contra el otomano, y empleen cuantos vasallos se alistán debajo de sus banderas (tan ejercitados en los militares trabajos y tan afortunados en los triunfos) en esta Santa Liga, para no malograr ni envilecer el impaciente ardor de su bizarría en una guerra contra los cristianos, donde cuanto más se tiñen las armas con sangre, tanto más se mancha y descaece la militar gloria, y tanto más se irrita la ira divina, y se acerca la amenaza del castigo. Para esclarecer su nombre y estender su fama, dispone, Señor, que esgriman sus aceros contra los turcos, tártaros y sarracenos, enemigos jurados de vuestra veneración» (17).

La insistencia en sus peticiones a Luis XIV para asociarlo al ideal de cruzada resulta verdaderamente machacona, acudiendo a toda clase de argumentos históricos para lograr su adhesión, aunque por otra parte, no la considera totalmente imprescindible, apoyándose para ello en los vaticinios realizados por Cornelio a Lapide que había pronosticado la alianza de polacos y austríacos, así como la ayuda de España y el papa para combatir al turco: «Los polacos confederados con los alemanes, auxiliados del sumo pontífice y del rey católico, recuperarán la Valaquia, la Hungría y las demás provincias que, con fraude, han conquistado y poseen los turcos» (18).

Después de dirigirse a Juan Sobieski, rey de Polonia, para que sirva de modelo a los demás príncipes en esta magna empresa de la ofensiva contra los turcos, acude a razonamientos de tipo económico, resaltando que el ejército católico va a encontrar unos territorios muy extensos y ricos, cuya agricultura podrá proporcionar el suficiente abastecimiento a las tropas. Los aliados cosacos pelearán con miras a un codicioso botín en las provincias asiáticas. En este mismo sentido, es recordada la apreciación hecha por el cardenal Besarión sobre las ganancias de Mohamed II en la conquista de Constantinopla, las cuales fueron ocho veces superiores a los gastos realizados en la campaña. Por ello concluye ofreciendo a los nuevos «cruzados» una buena inversión: «Mucho convence esta cuenta, que no debe retardar la cortedad del caudal, empresa en que tanto se asegura» (19).

Termina fray Alonso su *Proclamación* con invocaciones a la divinidad y a la Virgen, encomendándoles el éxito de esta nueva cruzada, que no otra cosa era para él la Sangrada Liga.

(17) Luis XIV había prestado ayuda a la facción protestante de Tököly y después de la victoria de Kahlenberg adoptó una actitud pasiva, consecuente al clamor de la cristiandad por una parte, y por otra a sus tradicionales relaciones con los turcos. Indudablemente conocía su parentesco con el obispo malagueño, pues su esposa María Teresa se refería a éste como a hermano (HORNEDO, R. M.ª, op. cit., p. 48). Cfr. SANTO TOMAS, fray Alonso, *Proclamación Católica...*, p. 49.

(18) *Ibidem*, p. 52.

(19) *Ibidem*, p. 55.

La derrota del ejército turco en 1683 no tuvo todo el éxito apetecido en un primer momento, pues Leopoldo I, sospechando que Juan Sobieski ocultaba sus propósitos, se mostró frío con el que le ayudó a salvar Viena y rechazó la idea de perseguir inmediatamente a los turcos hasta su total aplastamiento.

El papado, después de haber atravesado un largo período de escasa actividad política, consideró propicio el momento para resucitar la idea de cruzada. Tal vez fue esta su última oportunidad para proyectarse con influencia en la política internacional y procuró aprovecharla. Los nuncios de las capitales europeas fueron los encargados de avivar la llama de la lucha contra el Islam.

Es interesante comprobar que las ideas defendidas por Fray Alonso en su *Proclamación Católica* no fueron un fenómeno aislado, sino que deben ser consideradas como fruto de la euforia victoriosa del momento. Creemos que las encendidas palabras del obispo malagueño son el canto del cisne de un anacrónico ideal de cruzada, que visto con la óptica de hoy día nos parece totalmente descabellado, sobre todo si pensamos que Westfalia significó el fin del orden político medieval. En su descargo no sería justo olvidar la carga emocional que supuso en toda Europa el saber que el poderosísimo ejército turco se hallaba a las puertas de Viena, cundiendo el pánico por todas partes.

Hay que constatar que la Santa Liga no sobrevivió largo tiempo ni se obtuvo de ella la eficacia esperada, hasta el punto de que los grandes visires muy pronto trataron las negociaciones de paz con cada uno de los miembros por separado.

Los ideales de fray Alonso llegaron a cristalizar, pero el éxito no fue duradero, pues las bases sobre las que se formó la Santa Liga no eran sólidas y sólo se apoyaban en el miedo inspirado por el poderío otomano, y al alejarse el peligro se resquebrajó el fundamento que la sostenía.

Nos podemos preguntar si con el extremado celo que patentizaba el prelado malagueño en su *Proclamación católica* no pretendía ganarse el ánimo de Inocencio XI, ya que ese mismo año también dedicó a este papa su libro titulado *Católica Querimonia*, escrito en defensa de los ataques que se le hacían tachándole de jansenista, a la vez que aireaban su ascendencia regia. Precisamente por su supuesta bastardía le fue negado el capelo cardenalicio, a pesar de los esfuerzos que prodigó para demostrar su legitimidad en los años siguientes a los acontecimientos estudiados.